

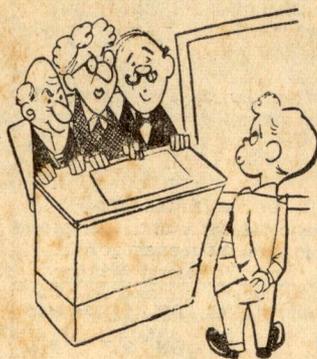
Examen Final, Prueba Necesaria

por Sebastián Salazar Bondy

Por cierto que la escuela debe preparar para la vida, no para los exámenes. Cuando la educación toda, organizada dentro de un plan que funcione sin excepciones, tenga ese sentido, podremos, tal como lo desean algunos pedagogos y bastantes padres de familia, suprimir las pruebas finales por medio de las cuales se decide si un educando está en condiciones de avanzar en la progresión de sus estudios. Nadie negará los inconvenientes que tiene el examen de fin de curso, pues todos, de una manera u otra, hemos pasado por esas horcas caudinas durante la infancia y la adolescencia. El examen fue siempre una tortura, pero, debemos reconocerlo, muchas veces consistió en el factor más importante para que compensáramos los defectos de la instrucción con una especie de "rush" de último momento. ¡Cuántas cosas aprendimos, bajo la espada de Damocles del aplazamiento, que por incapacidad del maestro o por su falta de método no asimilamos durante las clases!

La campaña contra las pruebas orales y escritas con que culminan cada año los estudios es explicable. Se apoya, además, en la opinión autorizada de muchos investigadores, psicólogos y maestros, que consideran que basta la apreciación de conjunto que el profesor tiene de sus alumnos para determinar cuáles de entre ellos merecen aprobar el grado y asumir las nuevas obligaciones. Lo que no se tiene en cuenta en dicho razonamiento es el estado de nuestra pedagogía. No se niega aquí que hay entre los profesores nacionales y extranjeros que enseñan en los colegios del país muchos técnicos de la especialidad, excelentes instructores y educadores, pero tampoco se di-

simula que estamos muy lejos de contar en el Perú con un cuerpo docente uniformemente preparado. La necesidad de cubrir muchos vacíos hace que ocupen los pupitres reservados a los verdaderos profesores algunos aficionados, gentes bien intencionadas y hasta cultas, que no poseen, sin embargo, la ciencia metodológica indispen-



sable para transmitir los conocimientos de modo eficaz y, además, suscitar el interés por la ilustración y el amor por la cultura que deben mover a todo hombre que ha cubierto todos sus ciclos educativos. En casos como éstos, no es de rigor el examen, que determina tanto la información y la inteligencia del alumno cuanto la del profesor? Se dirá que, en estas situaciones, el estudiante no es responsable de la clase de educador que le destinan, pero puede responderse que ello tampoco autoriza para juzgar con indulgencia sus fallas. El buen alumno a la vista de los exámenes suele superar las lagunas que una mala instrucción le ha dejado.

El cronista conoce, por propia experiencia, cierto rutinario método de enseñanza, aún infortunadamente en auge. El profesor señala en el libro una cierta cantidad de páginas que el muchacho debe reparar durante media hora. En la siguiente media hora el profesor toma la lección haciendo, de manera tangencial y circunstanciada, las explicaciones pertinentes. ¡Cuántos ardidés hay para escamotear ese insulso lapso de la lectura memorizadora! ¡Cuántas mañas tradicionales para desviar la explicación pertinente hacia tópicos más divertidos! ¡Cuántos sistemas, en fin, de "amarrar el macho"! Ciertos alumnos de historia universal habían descubierto —y valga la anécdota— que su profesor era rabiosamente germanófilo, y sabían que sólo hacía falta exaltar cualquier valor francés, inglés o italiano, para que la clase se convirtiera en un discurso sobre la grandeza de Alemania y la desdicha de sus enemigos. La lección, gracias a esto, transcurriría sin "paso", es decir, sin peligro y más o menos entretenida. ¿Suprimir los exámenes finales no hubiera sido, en este caso, permitir la ignorancia?

Todavía quedan muchos profesores-conferenciantes, que lanzan su perorata ante la aparente atención del aula; todavía quedan muchos "cachueleiros" en la docencia, que consideran el puesto como un sacrificio en pos de unos reales; todavía la profesión pedagógica, tan delicada cuanto trascendental para la comunidad, no ejercida sólo por aquellos que poseen una auténtica vocación y un título que la consagra. En tanto esto sea así, el examen final, con todos sus inconvenientes, es prueba y es, también, estímulo del estudio.

Pun

Es
prenta
rosa
de lo
cubri
duce
en la
los p
expre
ridico
la la
escala
interé
por l
obtien
de ar
escrit
terial

Con
vento,
legios
la pri
tir las
gencia.
en un
clusivo
a los
ción y
termin
ridos
una co
berano
res qu
dadero
primie
minad
va.

El
se p
Franc
conve
la ex
yorm
la ob
halas
cia u
lectu
cia e
co o
emba
venie